

Libros y lecturas en dos relatos de viaje del XVIII: representaciones y recepción en Caimo y Baretto

FRANCO QUINZIANO

IRI (Universidad de La Plata) / IEMYRhd (Universidad de Salamanca)

La literatura de viajes en el siglo XVIII, en el caso específico de las letras españolas, estableció un nuevo «binomio España-Europa, expresado en términos dialécticos de individualidad, confrontación e integración» (Fabbri, 1996: 416), que fue modelando las bases del proceso de reinserción de la cultura hispánica en los circuitos europeos más avanzados. La escritura que de estos textos odepóricos se deriva se erige en motor de integración, instrumento de aculturación y vehículo de libre circulación de ideas a lo largo de la centuria. Si en el XVIII Italia constituía una de las metas obligadas para todo aquel que emprendía el *grand tour* por el continente, España se hallaba en cambio fuera de los horizontes del viaje europeo. No eran pocas las dificultades (malas comunicaciones, carreteras inseguras y en pésimo estado, posadas poco confortables, etc.), que convertían la travesía por la península ibérica en una aventura poco gratificante, cargada de privaciones. El número de viajeros italianos que dejaron testimonios de sus periplos en la segunda mitad del XVIII —bien en forma de memorias, bien a través de cartas ficticias o familiares—, proporciona cifras decididamente inferiores respecto a los franceses e ingleses que atravesaron los Pirineos para el mismo período. Tan solo un puñado que, entre mediados de la centuria e inicios del siglo XIX, supera apenas la docena y media (Soriano Pérez-Villamil, 1980: 127-170, Garms, 1988). La mayor parte de ellos recorren los caminos de España en los últimos años del reinado de Fernando VI y los primeros dos decenios de Carlos III, a cuyas condiciones físicas y mentales y a su estimable capacidad como gobernante casi todos dedican espacio en sus textos viajeros.

Los relatos de viaje, de modo más acusado a partir de la segunda mitad de la centuria, cuando comienzan a alternarse los itinerarios meramente descriptivos con los de mayor calado cultural y científico, de carácter erudito y formativo, incluyen, en distintas gradaciones, perspicaces comentarios sobre el mundo del libro y su horizonte en la España del período. Aunque de modo dispar, es posible hallar en

estos relatos odepóricos útiles y sagaces consideraciones sobre novedades editoriales, reimpressiones y nuevas ediciones, así como referencias críticas a la labor de la doble censura —la gubernamental y la del Santo Oficio—, con el consiguiente juicio de valor sobre la prohibición de textos y las dificultades para el acceso a los mismos. Es posible registrar asimismo descripciones y comentarios sobre las diversas bibliotecas reales, monásticas y particulares que visitan, con referencias parciales a las prácticas de lectura públicas como labor intelectual, o bien comentarios sobre los registros y confiscación de libros en las aduanas, verdadero dolor de cabeza para todo extranjero que atravesaba el reino, sin descuidar las más parciales y limitadas referencias a la presencia y labor de las imprentas y ‘bottega’ de los libreros-impresores. Por obvios motivos de espacio, estas páginas se ocupan solo de dos parcelas de este holgado universo, interrelacionados entre sí, a saber la representación del texto/objeto impreso y su materialidad, con algunas breves incursiones sobre reimpressiones y nuevas ediciones, y la presencia de las lecturas hispánicas, como fuentes y expresión de prácticas culturales que de algún modo actúan sobre el emisor —e indirectamente el lector— (Cue, 1999: 34-42), atendiendo a la multiplicidad de funciones que ambos eslabones —texto y lectura— desempeñan en los relatos de viaje.

De este heterogéneo *corpus* que nos han legado los viajeros italianos se examinan dos textos: las *Lettere di un vago italiano ad un suo amico* ([1759]-1767), del lombardo Norberto Caimo, y el *Viaje de Londres a Génova...* (1770), refundición ampliada de sus primigenias *Lettere familiari* (1762-1763), de Giuseppe Baretti, el autor italiano más perspicaz que exhibe la literatura viajera del período. Ambos textos, que remiten a dos de los de mayor calado que exhibe el género a lo largo de la segunda mitad de la centuria, se hallan inscritos en la corriente del viaje estético y literario y corroboran la importancia asignada por sus emisores a los temas de carácter cultural. Caimo y Baretti, dotados de un método riguroso de observación, expresión de una nueva actitud ante la realidad de la península, orientada a trazar una visión «más justa y valiosa de España» (Ribbans, 1955-1958: 67; véase Cian 1897: 137-164 y especialmente Ortas Duran, 2005: 63-66), superadora de los consabidos tópicos y prejuicios que dominaban la literatura de viaje, manifiestan un decidido interés hacia las diversas expresiones culturales que exhibe el reino, con valiosas consideraciones sobre los diversos eslabones que configuran el poliédrico mundo del libro, adquiriendo dichos componentes una especial relevancia en ambos relatos.

Domergue y Lopez recuerdan que hasta la segunda mitad de la centuria la imprenta española se hallaba aún en «estado de abatimiento y de ruina» (1995: 19). Aunque el mundo del libro en la península, a partir de la segunda mitad del XVIII, comienza a experimentar notables avances —con la afirmación de nuevas tipogra-

fías, la constitución de la Real Compañía de Impresores y Libreros de Madrid en 1758 y un mejoramiento en la calidad del papel, de la encuadernación y la impresión, que preanuncian su «época de oro» (Escolar Sobrino, 1998: 192-203)—, adolecía todavía a caballo entre los años 50 y 60 de notables limitaciones y se hallaba alejado de los meritorios niveles que exhibía la tipografía en Italia, Francia o Inglaterra, cuya competencia los impresores españoles no pudieron afrontar victoriosamente: «en la España del XVIII publicar y leer resultaba dificultoso y aventurado para las minorías cultas, y las condiciones de circulación y producción del papel impreso no eran en modo alguno un cauce fluido y caudaloso», asegura Carnero (1995: XXVI-XXVII).

Miembro de la orden religiosa de los Jerónimos de San Damiano de la ciudad de Milán, Caimo es descrito por un autor de inicios del siglo XIX como hombre culto, estudioso de las lenguas clásicas antiguas y modernas y dotado de una fina crítica y filosofía (Gironi, 1824: 127). Sus *Lettere di un vago italiano* ([1759]-1767) (Soriano, 1980: 137-139; García Díaz, 2009, 2012), constituyen un texto clave en la literatura odepórica del período. Estructurada en torno al modelo de las cartas ficticias entre dos corresponsales amigos, el emisor, que viaja por la península, y el receptor, su editor, que enriquece las epístolas con extensas notas aclaratorias, se ha observado que constituye «uno de los primeros relatos de viaje que reconsidera la imagen de España y reivindica su patrimonio intelectual y cultural», al haber revisado «los tópicos y falsedades sobre España para desmentirlos» (García Díaz, 2012: 199). Ya el exignaciano Antonio Conca había valorado favorablemente a finales del XVIII el texto del monje lombardo, precisando que Caimo era «il solo viaggiatore italiano, dal Baretti in fuori, di cui si debba far menzione [...] e] leggonsi con piacere le sue descrizioni e racconti» (1793: x). De los cuatro tomos que componen la obra, los primeros dos y casi todo el tercero se ocupan del viaje a España, que tiene lugar entre mayo de 1755 y marzo de 1756. La visión del viajero italiano, centrada en la descripción del rico patrimonio artístico hispánico, fundamentalmente pictórico, que alberga el reino, explica García Díaz que es la de «un escritor que se identifica con el hombre de bien al que aspiró la Ilustración, [...] que busca la verdad y la transmite convencido de su utilidad social» (2009: 150).

Baretti, por su parte, dotado de un indiscutible afán de conocimiento y espíritu de curiosidad, constituye uno de los viajeros de mayor calado cultural del siglo (Gambini, 2002). El piemontés recorrió la península ibérica en dos oportunidades: en los años iniciales del reinado de Carlos III, entre septiembre y noviembre de 1760, y luego a finales de los años sesenta, entre diciembre de 1768 y febrero de 1769, con el fin de ampliar y añadir nuevas impresiones a su primer viaje para la edición inglesa de sus *Lettere familiari* (Martínez de Pinillos Ruiz, 2005: 13-27). Gran conocedor de la lengua y cultura británicas, vivió varios años en Londres, contribuyendo

a difundir la cultura italiana en la capital británica. Baretti se aproxima al modelo de escritor burgués que vive de su pluma, empeñado en acometer, allí donde se encuentre, nuevas batallas culturales y literarias. A diferencia de Caimo, el piemontés se halla situado en las antípodas de la Arcadia, alejado de las coordenadas que plasmaron el pensamiento reformador e ilustrado del siglo: el escritor turinés, observa Fido, fue «decididamente conservador; de ahí su apego al orden y a la autoridad [y...] su incomprensión respecto a la Ilustración enciclopédica» (1967: 10). En sus *Lettere familiari* (1762-1763) y en la sucesiva y corregida versión inglesa del *A Journey from London to Genoa, through England, Portugal, Spain and France* (1770),¹ Baretti pone de manifiesto su pasión por España y su cultura, revelando su contrariedad ante el hecho de que no solo los italianos, sino la mayoría de los eruditos europeos, supiesen tan poco de su historia y riqueza cultural, al presentarla como una nación sumida en la miseria y el atraso (Bonora, 1991). Emblemáticas a este respecto son las consideraciones que organizan la famosa Carta 57 de su relato viajero en la que plasma una global reivindicación de la cultura y las letras hispánicas, con interesantes incursiones sobre el drama áureo (Baretti, 2005: 311-351). Anglista e hispanista, privilegiado mediador cultural entre Italia e Inglaterra, es Baretti un viajero sagaz, movido por una insaciable curiosidad intelectual. Verdadero *homo viator*, por sus continuos desplazamientos espaciales, entre diversas ciudades italianas y Londres, desde las que interactuó y ejerció su oficio de crítico y escritor, es lícito aseverar, coincidiendo con Soriano, que las «relaciones más geniales y valiosas sobre España y su cultura» en la centuria proceden del crítico turinés (1980: 137).

Caimo y Baretti son en primer lugar dos atentos lectores; en algunos casos manifiestan haber leído, antes de emprender sus periplos, o bien durante sus recorridos por los caminos de la península, diversos textos españoles, con el fin de aproximarse y conocer mejor las costumbres y el patrimonio cultural del país visitado. La lectura se halla muy presente en ambos relatos, ya sea como hábito y práctica —pública o privada— en los individuos con los que tratan (Baretti, 1857: 57) y en los lectores de las bibliotecas públicas o monásticas que visitan (Caimo, 1759, I: 207; 1761, II: 166), ya sea a través de las visitas y consultas que los viajeros realizan en las librerías de algunas de las grandes urbes —Madrid, Barcelona, Sevilla— (Caimo, 1759, I: 179), bien como distracción o compañía a lo largo del

¹ La edición inglesa de *A Journey...* incluye un total de 89 ‘cartas familiares’, mientras que en la versión italiana de *Lettere familiari*, las epístolas ficticias a sus hermanos eran 47 (la última corresponde a la carta 48 de la ed. inglesa). «La versión italiana es la original, y esto le da una viveza y una frescura que no se transmite enteramente a la versión inglesa», pero al mismo tiempo esta última «es más ceñida, el discurso más breve y apretado y hoy esta versión se lee tal vez más fácilmente que la italiana, más copiosa y digresiva» (Martínez de Pinillos Ruiz, 2005: 25). Las citas del texto siguen la moderna edición española del *A Journey* (2005), aunque ocasionalmente se hace referencia también a la primigenia edición italiana (1857).

periplo, bien como actividad que produce goce y placer (Baretti, 1857: 19). Resalta en primer lugar la lectura y el uso de la gramática o el diccionario español como inseparables compañeros de viaje. La cuestión lingüística constituye un aspecto relevante, si se quiere asimilar y ahondar en el conocimiento y las costumbres del país que se visita; «occupazione lodevole», comenta Caimo (1759, I: 107, nota 1), la de acometer el aprendizaje de la lengua, que aconseja a todo viajero. «Quindi nulla vi avendo che mi potesse ricrear l'occhio, mi occupava leggere la grammatica castigliana, in tal guisa, approfittando del tempo per apprendere la lingua del paese», escribe mientras atraviesa la monotonía del paisaje, para él desprovisto de todo interés, en el itinerario que, de Barcelona, lo lleva a Zaragoza (Caimo, 1759, I: 107), pero sumamente provechoso para ocuparse del estudio y perfeccionamiento de la lengua. El aprendizaje del idioma era, desde ya, esencial a todo viajero para comunicarse y asimilar aspectos variados del país visitado, así como para aproximarse a la literatura y sus autores. No son pocos los casos en los que los textos viajeros refieren sobre situaciones embarazosas derivadas de los problemas de comunicación y comprensión, incluso con el latín como lengua vehicular, como evoca en sus *Lettere* el monje lombardo (1761, II: 30).

La gramática y el diccionario se erigen, pues, en compañeros privilegiados para todo viajero con buena dosis de curiosidad y sed de conocimiento, siendo sin duda alguna los comentarios que nos ha dejado Baretti, en su condición de lingüista y lexicógrafo, los de mayor relevancia en dicha perspectiva. El turinés exhibe un dominio más que amplio y sólido de la lengua española al atravesar la frontera a principios de los años 60; conocimiento que irá perfeccionando en su segundo viaje, entre 1768 y 1769.² El crítico piemontés, quien, además del castellano, dominaba perfectamente otras lenguas europeas —la francesa y, en especial, la inglesa—, ostenta a lo largo de su trayectoria intelectual una clara conciencia lingüística. «Baretti, que conocía bien la *questione della lingua* en Italia, anota Mühlischlegel, criticaba tanto un lenguaje que solo se orientaba en los modelos clásicos y no recibía ninguna innovación como también criticaba los plebeyismos, vulgarismos y modismos» (2011: 105). Estudio de la gramática, constancia y método constituyen en Baretti aspectos esenciales para el aprendizaje de las lenguas extranjeras (2005: 80), atendiendo al mismo tiempo a asimilar y practicar, no solo «el acento refinado de la ciudad», sino también las variantes y dialectos de las áreas rurales (2005: 81).³ La preocupación didáctica, centrada en el aprendizaje de las

² Sumamente fructífera en dicha perspectiva fue su segunda estancia en Madrid, de casi dos meses, desde la Nochebuena de 1768 hasta febrero de 1769.

³ En su carta 11 de las *Lettere familiari* el turinés aborda más extensamente la cuestión lingüística y se explaya sobre el aprendizaje de las lenguas (1857: 63-65).

lenguas extranjeras, se halla en la base de varias de las iniciativas editoriales que acometió en sus años en Londres. Apasionado estudioso de las lenguas, llegará a publicar sendos diccionarios bilingües: italiano / inglés, el mismo año que emprende el primer viaje a España (1760), y el vocabulario inglés / español (1778), sin olvidar una, hoy casi inhallable, *Disertación epistolar acerca de unas obras de la Real Academia Española* (1784), impresa por los tipos del prestigioso impresor Sancha.

Si para Caimo el español tiene la primacía, después —naturalmente— del idioma italiano (1759, I: 166), a Baretti la española le parece «aún más armoniosa [que la italiana...] y es al menos tan musical como» la lengua de Dante (2005: 315). Y aunque no menciona como compañero de viaje ningún diccionario ni gramática española, que sin duda —al menos en su primer viaje— debieron acompañarle, sensible y atento siempre a la cuestión lingüística (Mühlschlegel, 2011), en la Carta 57 de su *Journey* se explaya con palabras sumamente elogiosas sobre el *Diccionario de Autoridades*, en especial su primer tomo, y sobre otros textos de carácter filológico (2005: 315). El viajero turinés describe someramente la organización de los volúmenes del *Diccionario* de la RAE y, siguiendo un criterio cronológico, indica que «los españoles tienen un gran número de libros que tratan de su lengua» (2005: 316). Entre otros textos cita el *Manual de Ortografía* de la RAE, *Del origen y Principio de la lengua Castellana* (1674), de Aldrete, y el *Tesoro de la lengua Castellana*, de Covarrubias (1763), incluyendo precisas indicaciones sobre año, impresores y lugar de publicación (2005: 317). Su interés hacia los idiomas se desplaza por demás al resto de las lenguas peninsulares: así por ejemplo efectúa algunas valiosas consideraciones sobre el *Diccionario trilingüe* vascuence-castellano-latín, de Larramendi (1725), del que el turinés lamenta las dificultades para acceder al mismo, debido a que hasta entonces solo se había imprimido una vez (2005: 455).

Después de las gramáticas y los diccionarios, la obra mayormente presente es sin duda el *Quijote*, erigido en no pocas ocasiones en compañero de viaje infaltable y referencia de las letras hispánicas para el viajero. Caimo acude a la inmortal novela en varias ocasiones, dando testimonio de haberla leído y conocerla muy bien. En sus *Lettere* echa mano en varias ocasiones al texto de Cervantes, sobre todo para comparar y ejemplificar diversas situaciones. Así, por ejemplo, cuando ingresa con su pequeña comitiva a la ciudad de Sigüenza, observa asombrado que todos los del vecindario acuden a su encuentro, como si nunca hubiesen visto llegar a un forastero. Ello le lleva a evocar al caballero andante, al afirmar, como término de comparación, que ni siquiera con la llegada de don Quijote se había registrado en la ciudad tamaño alboroto (1759, I: 132). Al rememorar una procesión en la ciudad de Barcelona, sin duda la ciudad que más favorablemente le impresionó, dos de

los gigantes que representan un caballero y una doncella, le recuerdan al hidalgo manchego y a Dulcinea del Toboso (1759, I: 65). En otro pasaje, la novela cervantina actúa como término de comparación: el monje lombardo enjuicia severamente el escolasticismo que dominaba en las aulas españolas, y al sugerir que se destierre de las mismas a Aristóteles, sostiene que el autor de la *Poética* «dai più discreti, [...] è] meno considerato del vostro Don Quijote» (1761, II: 215). La afamada novela constituye en otra ocasión un texto útil para asimilar, rebatir y ejemplificar al mismo tiempo. Ejemplo de ello es cuando Caimo, al enjuiciar severamente la cultura barroca y la abigarrada oratoria que exhiben los falsos predicadores, echando mano al «erudito y sensato» Benito Jerónimo Feijoo (II: 28, nota 1) y su *Teatro crítico Universal* como fuente prestigiosa, equipara la hoguera a la que destinaría los textos de Acevedo, Hurtado, Ortíz, Paredes y varios más, con el escrutinio cervantino y la quema de la biblioteca del hidalgo (1761, II: 29).

Si Caimo recurre al *Quijote* para ejemplificar, comparar, corroborar, embellecer o ampliar sus comentarios, es sin embargo Baretto quien logra exhibir una verdadera afición cervantina. Autor de una recreación teatral de derivación quijotesca, el *intermezzo* musical *Don Chisciotte in Venezia* (Quinziano, 2020), estudioso de la inmortal novela, cuya traducción al inglés se propuso acometer al regreso de su segundo viaje a España, comentarista polémico de la edición cervantista del inglés Bowle en el *Tolondrón* (1786), la novela de Cervantes, como lectura, ejemplificación y término de comparación se halla muy presente también en su relato viajero. Entre las lecturas españolas que el turinés recuerda en su carta 57, el *Quijote* constituye el primer texto que menciona, anteponiéndolo al resto. Numerosas son las ocasiones en las que Baretto atestigua su admiración hacia la gran novela cervantina. Fido asevera con razón que el *Quijote* constituyó para el autor de *La frusta letteraria* «un luminoso punto de referencia» (2000: 242). Las alusiones a Cervantes salpican asimismo varias de las cartas de su nutrido epistolario, habiendo cobijado incluso el firme propósito de acometer su traducción inglesa para el editor Davies, aunque acabaría desistiendo luego de tan esforzada labor, al concebir, como le confiesa a su hermano Filippo, tamaña empresa superior a sus fuerzas, ya que «la belleza del español no se puede trasladar a su lengua [inglesa]» (1936, II: 53; traducción mía).

Del mismo modo que en Caimo, el *Quijote* le sirve a Baretto para ejemplificar una situación o proyectar una comparación. Así, al describir en la edición italiana de su relato el ruido estruendoso que emitían los carruajes, debido a que en la península no se lubricaban las ruedas de los carros, Baretto recuerda el «penoso ruido» que provocaban los carruajes y advierte que este «stridore dei carri» había sido ya notado por Cervantes. Evoca así en los *Journey* el pasaje del capítulo 34 de la segunda parte en el que el chirrió de la ruedas, «áspero y continuado sezdi [*sic*;

‘se dice’] que huyen los lobos y los osos» (1857: 176).⁴ Al describir el nuevo arsenal que la corona portuguesa está erigiendo a orillas del Tajo, frente al Palacio real, semiderruido por el terremoto de 1755 que había devastado Lisboa, para ejemplificar la grandiosidad de las habitaciones de la nueva construcción, invoca nuevamente la novela cervantina.⁵ Los ejemplos en Baretti abundan, erigiéndose el *Quijote* en texto de lectura casi obligado para todo poeta y hombre de cultura, quien, además de versado en la ciencia de Newton, nunca debe «ignorare le prodezze di don Chisciotte» (1857:74). Como complemento de esta significativa presencia, Baretti, lector apasionado de los libros de caballería, en otros pasajes plasma otros símiles, en este caso entre Cervantes y Ariosto (2005: 233). La intención de ejemplificar en su narración viajera echando mano a libros o personajes de las letras españolas para trazar comparaciones se desplaza también a otros textos significativos del género, como el *Amadís de Gaula* o *Las Sergas de Esplandián* (2005: 176-177).

El texto puede servir para corroborar o ejemplificar un comentario o bien ampliar una opinión: así, por ejemplo, además del *Quijote*, el viajero piemontés cita otros libros, como fuente prestigiosa y confiable, para afirmar una situación, ampliar una descripción o completar un comentario, donde destacan las alusiones a la *Historia de España* del padre Mariana (2005: 211, 391) y el *Teatro crítico* de Feijoo. El monje benedictino, como es sabido, constituye un verdadero éxito editorial a lo largo del XVIII, llegando a vender, entre 1726 y 1787, unos trescientos mil volúmenes de su *Teatro crítico universal*. Los textos del Padre Maestro constituyen la fuente más fiable a las que Caimo acude para ejemplificar y desarrollar sus ideas, apoyar o ampliar sus comentarios, y, en no pocas ocasiones, emitir sus críticas y juicios de valor. Al aludir críticamente a la oratoria sacra y los sermones de los predicadores, Caimo transcribe lo que sobre el tema había afirmado Feijoo en su *Teatro crítico*, añadiendo para corroborar su opinión en nota a pie de página el pasaje feijoniano que señala que «en España se introdujo un modo de predicar, en que, así como tiene mucho lugar la sutileza, apenas se deja alguno a la Retórica» (1761, II: 27-28, n. 2). Al constatar el deplorable método de estudio que predominaba en las aulas de la Universidad de Salamanca y el defectuoso estudio del latín, acude nuevamente al monje benedictino, quien en su décimo discurso había enfatizado el estado desolador en el que se hallaba la enseñanza del latín en el reino y la manera deplorable de escribirlo y hablarlo (1761, II: 208, n. 1). Al visitar el monasterio benedictino catalán de Montserrat, el viajero italiano les comenta a los monjes que posee los libros de

⁴ En el *Quijote* se lee: «Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan» (Cervantes, 1991, II: 292).

⁵ El comentario en la edición italiana es algo más extenso y articulado; véase Baretti, 1857: 127.

Feijoo, «loro collega tanto studiato per essi e per tutti i Monaci di S. Benedetto di Spagna» (1759, I: 83). Caimo elogia al erudito español, quien, a través de sus obras, afirma, «ci ha fatto abbastanza conoscere, di qual fina critica e vasta erudizione sia dotato il suo grande ingegno» (1759, I: 83, n. 1). Las alusiones a Feijoo, como autoridad, salpican sus copiosas notas a pie de página: para el viajero lombardo es sin duda el más prestigioso autor español contemporáneo y en este sentido se augura que en tiempos breves puedan ver la luz las traducciones de sus obras al italiano, cuyas ediciones se hallaban retrasadas (1759, I: 83).

Baretti afirma en más de una ocasión «haber leído con atención» (2005: 262) los libros que cita o comenta. Entre los autores modernos que ha descubierto a lo largo de su viaje cita también a Feijoo, a quien concibe como el más célebre de España (2005: 330). Atestigua haber visto «una edición de sus obras en ocho volúmenes en cuarto», aunque confiesa no haber «leído bastante de esos volúmenes para aventurar un juicio sobre su valor como autor». Destaca el prestigio del que goza y considera «que un hombre estimado universalmente por sus paisanos durante varios años, como es su caso, debe de estar dotado de poderes comunes»; así y todo, en función de una veloz lectura, afirma que no cree que «del otro lado de los Pirineos se le tendría la gran veneración que se le rinde en España» (2005: 330-331). Al haber leído muy parcialmente sus obras, sus consideraciones se mueven en el ámbito del respeto y la estima, pero nunca se desplazan al plano de la admiración ni, como sucede en las *Lettere* de Caimo, sus textos se erigen en fuentes primordiales o prestigiosas para corroborar o ampliar consideraciones a lo largo de su relato.

El texto puede ser también desmentido o refutado, situando en su lugar otro alternativo y con mayor autoridad. Así sucede, por ejemplo, en varios pasajes referidos a la descripción de la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial, al refutar Caimo algunos comentarios de Moreiro o Thomas Salmon (1761, II: 11-12, nn. 1-2). Desplazándonos al relato viajero de Baretti, su emisor rebate también textos y autores: así al desmentir algunas afirmaciones que habían instalado los libros de viaje, en especial el *Voyage* de Madame D'Aulnoy (1691), Baretti recuerda que en el texto de la autora normanda «se dice que todos los bastardos traídos a la Inclusa de Madrid son considerados caballeros por la ley española. [...] Pero no es verdad», advierte, impugnando la fuente (2005: 303). Abundan los ejemplos a lo largo del texto barettiano que confirman esta pluralidad de roles que desempeña el libro; pluralidad también muy presente en Caimo, donde, por lo que atañe a obras españolas, predominan las menciones a las dos monumentales obras de Feijoo, desplegando ambas, como se ha apuntado, múltiples funciones a lo largo del relato.

Con excepción de Feijoo y Cervantes, Caimo no explicita cuáles son las otras lecturas hispánicas de las que dispone, como bagaje cultural, al emprender su viaje

por la península. Sabemos que se embarca en Génova, llevando consigo algunos libros en su equipaje, entre ellos «alcuni di varia erudizione a mio trattenimento nel lungo viaggio» (1759, I: 34), pero sin proporcionar mayores detalles. Por las consideraciones y los juicios de valor que vierte, así como por las numerosas referencias a textos y autores peninsulares que ostentan sus *Lettere*, es posible inferir que sus lecturas españolas de ningún modo eran escasas.⁶ Se ha observado con razón que la aproximación de Caimo a la realidad española «se hace desde un horizonte intelectual forjado con un notable caudal de lecturas de la historia y literaturas españolas» (García Díaz, 2009:150), entre las que, además de los dos autores recién citados, destacan dean Martí y el padre Burriel. Ahora bien, es más probable que varias de estas referencias a textos y autores que pueblan sus notas a pie de página fuesen fruto de lecturas posteriores a su viaje español, ya de regreso en la ciudad de Milán, aprovechando el caudal que le proporcionaban los textos que había adquirido y le habían regalado en su periplo. Al abordar las virtudes de la lengua española, recomienda algunas lecturas que delatan sin duda sus preferencias y gustos literarios; en todo caso no es posible asegurar que estos autores fuesen parte de su bagaje cultural antes que el lombardo emprendiese su viaje por la península, por lo que en cierto modo fueron una revelación y descubrimiento para el emisor:

Per rimanerne persuaso chi avesse intelligenza della lingua Spagnuola, potrebbe nella storia aver ricorso al Coloma e al Solís; nella politica [...] al Saavedra; nella poesia al Garcilaso, al de Vega, al Gongora, al Quevedo, al detto Solís e al Mendoza; nella mistica a Santa Teresa [...] (Caimo, 1759, I: 166, n. 1).

Más explícita es la alusión que hace Baretto sobre las lecturas hispánicas que constituyen su acervo cultural, antes de acometer el primer viaje en el verano de 1760. Del conjunto de viajeros italianos que cruzan los Pirineos en la segunda mitad del siglo es sin duda el piemontés el que puede exhibir un caudal de lecturas españolas más amplio y significativo. En la carta 57 declara que

Don Quijote, alguna poesía lírica de Boscán y Garcilaso, algunos dramas de Calderón y [Lope] de la Vega, las historias de Solís, Sandoval y Herrera, media docena de libros de caballerías, con el *Lazarillo de Tormes*, el poema de la *Araucana* [de Ercilla], y la traducción del *Orlando el furioso* hacen casi toda mi lectura en español (2005: 318).

⁶ Sus *Lettere* se hallan salpicadas de copiosas notas a pie de página de textos hispánicos que completan la información y amplían sus descripciones; entre otros autores a los que recurre como fuentes fiables, además de Feijoo, destacan Flórez, Mariana, Morales y especialmente Sigüenza, transcribiendo en general breves párrafos de las obras citadas.

Aunque Baretti asegura no haber poseído «nunca un número considerable de libros» en lengua española, la enumeración, si bien no muy extensa, evidencia un bagaje de lecturas nada desdeñable que confirman al turinés como uno de los extranjeros del dieciocho más familiarizados con las letras españolas. Sus *Lettere familiari* —y su edición inglesa ampliada— constituyen un texto clave, orientado a aproximar y reivindicar la cultura española, ante el lector italiano —y sucesivamente el inglés en la edición de *A Journey*—, despojado de los tópicos y juicios antiespañoles que poblaban los relatos de viaje. Baretti explica que, de haber podido permanecer más tiempo en la península, hubiese tratado «ciertamente de hacer lo que no ha hecho todavía ninguno de nuestros paisanos [...]: dar a conocer en Italia el saber que esta nación ha ido acumulando durante estos siglos» (2005: 317). Sus dos viajes fueron centrales para asimilar y ampliar sus conocimientos de la lengua y cultura hispanas: el mismo viajero recuerda en la *Prefazione* a su malograda edición de ambas partes del *Fray Gerundio* que había viajado a España para informarse a fondo y «tomar un baño de las costumbres, genio, carácter y estado actual de los españoles y en particular de su literatura» (Baretti, 1911: 305). Esta inclinación hacia España y su producción cultural, ya presentes en su primer viaje, es especialmente estimulada en su segunda visita al reino, a caballo entre 1768 y 1769 (Bonora, 1991: 366), en la que se propuso ampliar la información para la edición inglesa.

Baretti enfatiza el desconocimiento que manifiestan los italianos hacia las novedades editoriales de los últimos decenios y advierte que sus conciudadanos han pasado «por alto lastimosamente los libros de España, al menos últimamente, y no sabemos casi nada de lo que han estado haciendo en los últimos 20 años, aunque nuestra lengua tiene mayor afinidad con su lengua que con la de Francia e Inglaterra» (2005: 314-315). Consciente de ello, a pesar de los seculares lazos históricos, políticos y culturales que habían vinculado a ambas penínsulas hespéricas, se esfuerza por comentar y difundir el patrimonio libresco del reino, incluyendo los manuscritos depositados en la Real Biblioteca de Madrid y la Biblioteca del Monasterio de El Escorial (2005: 335-349), visitada también, y extensamente comentada, unos años antes por Caimo (1761, II: 32-64). Entre otros textos, Baretti describe la *Biblioteca Árabe-Hispana Escorialense*, del estudioso maronita Miguel Casiri, acompañada por una extensa traducción de poesía árabe. La razón de esta larga traducción, además de obvios motivos de afinidad, producto del interés que abrigó hacia la poesía peninsular arábiga, obedece al deseo de aproximar a los lectores algunos datos de esta obra de no fácil acceso, puesto que, indica Baretti, aunque acababa «de salir de imprenta, no es fácil hacerse con él», ya que «se han hecho quinientas copias [y...] el rey ha regalado la mayor parte y ha mandado una a todas las universidades importantes de Europa» (2005: 349).

Las dificultades para acceder a determinados textos, en efecto, constituye otra de las preocupaciones del viajero turinés. Sin detenernos en las limitaciones que aún exhibía en España el mundo de los editores y la imprenta, así como en los problemas derivados de la censura y de las prohibiciones gubernamentales e inquisitoriales, no son pocas las ocasiones en las que Baretti menciona los inconvenientes para acceder a determinados textos, debido a una tirada limitada de la edición o bien a la ausencia de nuevas reimpressiones. En dicha perspectiva Baretti señala las dificultades de poder disponer de todas las obras de Lope (2005: 329)⁷, o también lo raro que se ha convertido el volumen *Del origen y Principio de la Lengua Castellana*, de Aldrete, lamentándose haber pagado el ejemplar «más caro de lo que pensaba» (2005: 317). Del mismo modo apunta que se ha convertido en una empresa imposible poder acceder al primer volumen del *Diccionario de Autoridades*, debido a que los académicos

repartieron en cuanto se imprimió un gran número de copias [...] como obsequio a todos los hombres ilustres de la nación, bajo el supuesto de que quienquiera que tuviese el primero gratis no dudaría en comprar el resto a medida que se publicara, pero se equivocaban [...] (2005: 316).

Estas reflexiones sobre las dificultades en el acceso a determinadas obras encuentran espacio también, aunque menos significativamente, en las *Lettere* de Caimo. El monje italiano enumera la presencia de textos raros depositados en las varias bibliotecas monásticas que visita, así como en la Biblioteca del Escorial o la Real de Madrid. Una pena que, con algunas contadas excepciones,⁸ Caimo, sumamente detallista en las descripciones de carácter artístico, no haga alusión a obras o colecciones concretas, sino que señale siempre en términos generales la presencia de volúmenes de gran valor o textos inhallables que no habían vuelto a reimprimirse. «Andai a vedere la Real Biblioteca ripiena di molti e scelti volumi rari» (1759, I: 207), escribe al transcurrir unas breves horas en la biblioteca pública madrileña; al visitar la biblioteca del convento franciscano de Valladolid, constata que «la sua biblioteca è grande e copiosa di rari volumi» (1761, II: 180). Algo más completa es la información que suministra, al dar cuenta sobre donaciones y adquisiciones

⁷ El crítico anota que «no hay nadie, dicen, que tenga la colección completa, excepto el duque de Medina Sidonia [...]» (2005: 329).

⁸ Así, por ejemplo, al constatar que en la Biblioteca del Escorial se hallan depositadas las obras completas de Santa Teresa «assai ben conservate e [...] veramente originali» (1761, II: 71). En todo caso, a diferencia de Baretti, Caimo no alude a las dificultades para acceder a determinadas obras ni se detiene a comentar faltas de reimpressiones o textos inhallables.

de librerías particulares sobre las que se habían constituido los fondos de la Real Biblioteca de El Escorial (1761, II: 56, n. 1) y la pública de Madrid. Al aludir a la ausencias de textos y autores, también es habitual en Caimo, viajero insertado en el horizonte de la Ilustración y las nuevas ideas del siglo, encontrarnos con observaciones críticas sobre la falta de autores modernos o de obras de ciencia en los estantes de las librerías universitarias y monásticas: ejemplo de ello es el pasaje dedicado a la visita a la biblioteca de la Universidad de Sigüenza, en la que el viajero, a diferencia de la que exhibía la de los Jerónimos de Segovia (Caimo, 1761, II: 166), lamenta la ausencia en sus repositorios de obras científicas de Newton, Descartes y Galileo, mientras abundan los volúmenes adscritos a la escuela de la escolástica (1759, I: 133), «*libracci i quali altro non servono che a riempir gli scaffali di inutili arnesi*» (1761, II: 216; cursivas mías).

Los libros constituyen un eslabón clave en varios pasajes, ocupando —como objeto material y novedad— un lugar destacado en el relato barettiano, en especial en la citada carta 57. En varias ocasiones Baretti proporciona datos de utilidad sobre el número de ejemplares impresos y sobre nuevas ediciones: así, al aludir a Lope, recuerda que «ha dejado impresas más de trescientas piezas dramáticas del doble de ellas que escribí» (2005: 318). De Calderón, confiesa poseer «diez volúmenes en cuarto que contienen cerca de ciento treinta dramas, además de otros seis volúmenes iguales de sus *Autos Sacramentales*», aclarando que el madrileño es autor de unos cien autos, además de «una lista impresa de otros cien dramas que se atribuyen, aunque no incluidos en la colección de sus obras publicadas» (2005: 318). No faltan las apreciaciones sobre la materialidad del libro, bien como obsequio y muestra de reconocimiento y amistad (2005: 160), bien como texto/objeto, en el que el turinés plasma algunas consideraciones tanto sobre la importancia del libro impreso con el fin de resguardar los manuscritos, para fijarlos y sustraerlos al olvido, como sobre la calidad tipográfica de los textos: ejemplo de ello es la citada *Biblioteca* de Casiri, que recoge más de 1600 manuscritos en «unas 550 páginas, impreso con los *mejores tipos* en el *mejor papel*» (2005: 335; cursivas mías).

Baretti esboza asimismo en algunos pasajes algunas reflexiones, si bien acotadas, sobre la lectura —como acto de leer y obra que se lee—, fruto de la interacción entre texto y lector, con algunas consideraciones sobre el proceso de recepción de las mismas cartas viajeras que se halla redactando (1857: 223). Sin embargo, es el *Fray Gerundio de Campazas*, de Francisco de Isla, que confiesa haberle atrapado en su primer viaje, habiéndolo leído «con el mayor placer» (2005: 331), el caso más emblemático en el que se percibe la interrelación entre el texto/objeto en su materialidad y la lectura como práctica intelectual. Es la novela de Isla, texto al que Baretti permanecerá entrañablemente vinculado, el verdadero —y más significativo y fe-

liz— descubrimiento que habrá de impactar en el viajero. Aunque sostenga que solo dará «un breve esbozo» de la novela del exignaciano, Baretto dedica un comentario sumamente elogioso que ocupa varias páginas de su relato viajero (2005: 331-334). Consciente que en España circulaban varias copias manuscritas de la segunda parte, señala que «solo está publicado el primer volumen» de la novela, y proporciona unos breves datos sobre la edición prohibida: se trata de «un volumen en cuarto, de unas cuatrocientas páginas, prolegómenos incluidos» (2005: 331). Suministra asimismo información sobre la preparación y próxima publicación de un segundo volumen —que vería la luz en 1768 en una edición pirata—, puntualizando que por ahora «circula manuscrito y se dice que no desmerece el primero» (2005: 334).

La exaltada admiración que Baretto manifestó hacia el texto del autor leonés resulta sin duda desmesurada. En su opinión, «en cuanto a la lengua y el estilo, [...] pocas naciones tienen algo mejor que el *Fray Gerundio*» (2005: 334). Para el viajero piamontés, Isla, cuyas virtudes él no cabe duda sobrevaloró, representa «el Cervantes moderno» (2005: 334), al equiparar de modo hiperbólico su novela con el *Quijote*, aseverando que «los españoles tienen razón cuando lo colocan a la par en muchos aspectos con la celebrada obra de Cervantes» (2005: 334). Baretto traza una forzada asimilación entre Isla y Cervantes, colocando al primero en un mismo pie de igualdad con el gran escritor alcalaíno. Si en el *Quijote* Cervantes se había propuesto combatir los efectos perniciosos de los libros de la caballería andante, asevera Baretto, el *Fray Gerundio* satirizaba a los malos predicadores y alertaba contra la degradación y los excesos de la oratoria sagrada. Lo que sedujo al piamontés fue la implacable crítica que el autor español trazó de la oratoria tardobarroca, arremetiendo contra sus disparates y extravagancias (Quinziano, 2013: 49-50). Bien conocidas son las huellas de derivación quijotesca presentes en el *Fray Gerundio*, teniendo en cuenta que su autor sigue el modelo cervantino en varios aspectos, de modo especial la sátira y la crítica y reforma, pero también evidentes son las siderales distancias estéticas y de perfección narrativa que median entre ambos textos, puesto que, solo por citar un ejemplo, la excesiva carga didáctica en Isla lo alejan de las altas cotas narrativas que ostenta la narrativa de Cervantes.

Al regreso de su segundo viaje, Baretto se propone visitar al anciano autor leonés, afincado cerca de Bolonia, y difundir su obra en Italia e Inglaterra, publicando en 1772 la edición inglesa de la novela y poco después, inscrita en su constante preocupación didáctica, una antología de textos —en inglés, italiano, francés y español— para el aprendizaje de las lenguas, en los que, junto a fragmentos del *Quijote* y de la *Historia de la conquista de México*, de Solís, incluye otros referidos a la novela de Isla. Su prometida edición italiana de las dos partes, manifestación de una evidente voluntad de apropiación (Cue, 1999: 88-93), se verá frustrada, ha-

biendo llegado hasta nosotros solo la *Prefazione* (1787: 314-326). No fue fácil para el viajero italiano procurarse un ejemplar en Madrid, puesto que la novela se hallaba prohibida por el Santo Oficio y en su portada, como autor 'putativo', para esquivar los embates de la Inquisición, figuraba Francisco Lobón de Salazar. Sin embargo, recuerda jubiloso, «he tenido suerte de procurarme una [copia] y ya la he leído con el *mayor placer*» (2005: 334; cursivas mías). Según Soriano (1980: 165), Baretto debió oír hablar por vez primera de la novela a su ingreso a España, en la frontera lusitano-española en septiembre de 1760, y con ese ejemplar en su equipaje —que había logrado procurarse en Madrid, como si de un verdadero tesoro inhallable se tratase—, marchó de regreso a Italia, a través de la frontera catalana. Con devoción y afecto, el piemontés se referirá al texto de Isla 'como su fraylico'; por el *Fray Gerundio*, verdadera revelación para el viajero, Baretto «profesó una verdadera pasión» (Soriano, 1980: 165), convirtiéndose en entrañable e inseparable compañero de viaje en su camino de regreso a Italia.

El libro —en su triple dimensión de texto, objeto material y recepción de lecturas, como expresión de prácticas culturales— se erige en compañero de viaje; es distracción en las largas horas por los caminos que se transitan y condición de posibilidad para aprender y ejercitarse en la lengua del país visitado. Es asimismo fuente de información y autoridad, y a él los emisores acuden para corroborar, ejemplificar, desmentir, rebatir, ampliar un comentario o una descripción, ejercitar una comparación, plasmar o refutar una idea. La lectura, por su parte, es por sobre todo placer y goce: «sino i più affacendati uomini e le più disattente donne lasceranno le loro faccende e i passatempo loro, per godere di così diletta lettura», afirma Baretto al aludir a las *Lettere* que está redactando (1857: 223). Viaja el libro junto al viajero y si la lectura es motivo de gozo, su confiscación en las aduanas (Baretto, 2005: 282), su pérdida o deterioro, como cuando Caimo evoca la accidentada caída al agua de una de las mulas, con sus alforjas cargadas de libros «che mi furono recati tutti molli» (1761, II: 193)», es motivo de lamento y desazón.

La mirada que emerge de ambos relatos viajeros es el de una España aún sumida en muchos aspectos en el atraso, que presenta evidentes dificultades y privaciones, pero que exhibía un valioso e ingente patrimonio libresco que debía difundirse, al tiempo que comenzaba a evidenciar esfuerzos notables en pos de una renovación en campo cultural. El libro y las diversas lecturas a las que aluden ocupan un espacio nada desdeñable en ambos relatos, aproximando a los lectores italianos —mediados por las prácticas de apropiación que llevan a cabo los emisores a través de sus lecturas— aspectos significativos de la cultura escrita peninsular, incluyendo reediciones, novedades editoriales y textos inhallables. Caimo y Baretto enfatizan la configuración de una renovada literatura moderna en la que Feijoo

—más decididamente en el monje lombardo—, Isla —verdadero descubrimiento y revelación para el piamontés—, y el *Quijote*, texto de referencia para ambos, se erigen en lecturas privilegiadas y modelos literarios que trascienden las fronteras españolas. Ambos autores, aunque de modo más incisivo Baretti, contribuyen desde este prisma a moldear el camino de la reconciliación y de una mayor integración cultural entre ambas penínsulas, superando tópicos y prejuicios aún ampliamente arraigados en la Italia del período: en dicha perspectiva el libro —y su lectura—, canalizados a través del género odepórico, asociado a la visión didáctica y utilitaria que preside la mentalidad del Siglo de las Luces, se erige en privilegiado motor de conocimiento, difusión y asimilación en el seno de la cultura receptora.

Bibliografía

- BARETTI, Giuseppe (1857), *Lettere familiari*, Turín, Ed. Guigoni.
- (1911), «Prefazione alla *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*», en *Prefazione e scritti*, ed. Luigi Piccioni, Bari, Laterza, págs. 314-326.
- (1936), *Epistolario*, ed. Luigi Piccioni, Bari, Laterza, 2 vols.
- (2005), *Viaje de Londres a Génova, a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia [1770]*, ed. y trad. Soledad Martínez de Pinillos Ruiz, Barcelona, Reino de Redonda.
- BONORA, Ettore (1991), «Baretti e la Spagna», *Giornale storico della letteratura italiana*, n.º 168, págs. 335-374.
- CAIMO, Norberto (1759-1767), *Lettere d'un vago italiano ad un suo amico*, Pittburgo [¿Milán?], [Agnelli], 4 vols.
- CARNERO, Guillermo (1995), «Introducción al siglo XVIII español», en G. Carnero (coord.), *Historia de la literatura española. Siglo XVIII*, Madrid, Espasa-Calpe, t. I, págs. xix-lxxviii.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha* (1991), ed. John Jay Allen, Madrid, Cátedra, 2 vols.
- CIAN, Vittorio (1896), *Italia e Spagna nel secolo XVIII. Giambattista Conti e alcune relazioni letterarie fra l'Italia e la Spagna*, Turín, Lattes.
- CONCA, Antonio (1793), *Descrizione odoperica della Spagna*, t. I, Parma, Stamperia Reale, 4 vols.
- CUE, Alberto ed. (1999), *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- DOMERGUE, Lucienne y François LOPEZ (1995), «Producción y circulación de libros», en G. Carnero (coord.), *Historia de la literatura española. Siglo XVIII*. Madrid, Espasa-Calpe, t. I, págs.16-25.
- ESCOLAR SOBRINO, Hipólito (1998), *Historia del libro español*, Madrid, Gredos.
- FABBRI, Maurizio (1996), «Literatura de viajes», en Francisco Aguilar Piñal (ed.), *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Trotta / CSIC, págs. 407-423.

- FIDO, Franco (1967), «Introduzione», en Giuseppe Baretti, *Opere*, ed. F. Fido, Milán, Rizzoli, págs. 8-14.
- (2000), «Viaggi in Italia di Don Chisciotte e Sancio nel Settecento. Farsa, follia, filosofia», *Italies*, n.º 4, págs. 241-281.
- GAMBINI, Daniella (2002), «Giuseppe Baretti: un viaje hacia Europa», en G. Casanova y G. Baretti, *Dos ilustrados italianos en la España del XVIII*, ed. y trad. Miguel A. Vega y Daniella Gambini, Madrid, Cátedra, págs. 207-228.
- GARCÍA DÍAZ, Noelia (2009), «La recepción de las *Lettere d'un vago italiano ad un amico*, de Norberto Caimo. Revisiones necesarias», *Cuadernos de estudios del siglo XVIII*, n.º 19, págs. 143-182.
- (2012), «Las aportaciones del viaje de Norberto Caimo a la revision de un género», en VV.AA., *La tinta en la clepsidra*, Barcelona, PPU, págs. 199-209.
- GARMS, Jörg (1988), «Viajeros italianos en España en época de Carlos III», en VV. AA., *Carlos III, alcalde de Madrid. 1788-1988*, Madrid, Ayto. de Madrid, págs. 83-108.
- GIRONI, Robustiano (1824), *Il costume antico e moderno di tutti i popoli della Spagna e del Portogallo*, Florencia, V. Batelli, 2.ª ed. revisada.
- MARTÍNEZ DE LOS PINILLOS RUIZ, Soledad (2005), «Introducción», en G. Baretti, *Viaje de Londres a Génova, a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia*, ed. Soledad Martínez de Pinillos Ruiz, Barcelona, Reino de Redonda, págs.11-27.
- ORTES DURÁN, Esther (2005), «La España de los viajeros (1755-1846): imágenes reales, literaturizadas, soñadas», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almárcegui (coords.), *Realidad vivida y género literario*, Sevilla, Akal, págs. 48-91.
- QUINZIANO, Franco (2013), «Cervantes y el *Quijote* en la Italia del XVIII. Presencia y recepción en los escritos de los jesuitas expulsos: apropiación, polémica y crítica literaria», *eHumanista*, n.º 14, págs. 39-66.
- (2020), «*Don Chisciotte in Venezia* de Baretti: mundo carnavalesco, trama burlesca y degradación caballeresca en los escenarios del siglo XVIII», *Hipogrifo*, vol. 8, n.º 1, págs. 133-159.
- RIBBANS, Geoffrey (1955-1958), «Antonio Ponz y los viajeros extranjeros de su tiempo», *Revista Valenciana de Filología*, n.º 5, págs.63-89.
- SORIANO PÉREZ-VILLAMIL, Enriqueta (1980), *España vista por historiógrafos y extranjeros italianos (1750-1799)*, Madrid, Narcea.